

248-4
B2696
10-8-1-79

BJ45
B3
1886



FSRM

5059

LIBRO
DE
MORAL PRÁCTICA

PRIMERA PARTE
DEBERES DEL HOMBRE PARA CON DIOS

§ I. PRÁCTICAS DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS.

La piedad es todo en el hombre. (BOSSUET.)

Dios nos ha hecho á semejanza suya, esto es, racionales, para que podamos conocerle como la verdad infinita y amarle como á la inmensa bondad. (FENELON.)

A vosotros os gusta la alegría, el reposo, el placer: yo he probado todo eso, y no encuentro alegría, reposo ni placer mas que en servir á Dios. (MADAMA DE MAINTENON.)

La religion consuela al hombre en la desgracia y derrama una dulzura celestial en las amarguras de la vida. (B.)

¡Cosa admirable! La religion cristiana, que no parece tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, es al mismo tiempo nuestra dicha en este mundo. (MONTESQUIEU.)

San Vicente de Paul.

[1576-1660.]

San Vicente de Paul nos presenta el ejemplo mas hermoso de las virtudes cristianas, pues no solamente las practicó todas con admirable fervor y con una abnegacion heroica, sino que hacia amarlas y practicarlas á cuantos le trataban, abrazando todos los corazones con el mismo divino amor que á él le animaba.

MORAL PRÁCTIC ..

La vida de este ilustre sacerdote frances fué una cadena no interrumpida de buenas acciones. Apresado cuando jóven por los piratas de Túnez y vendido como esclavo á un renegado, llenó de un verdadero arrepentimiento el alma de su amo, le convirtió é hizo que él mismo le restituyera á Francia. Siendo capellan de galeras descubrió un día que uno de los presidiarios habia sido injustamente condenado; y para reparar esta injusticia humana, el buen sacerdote se puso él mismo la cadena de ese desventurado hasta que obtuvo su libertad. Recorrió toda la Francia visitando los presos y los enfermos, y fundando cofradías de caridad en todas partes. Establecióse por último en Paris, desde donde su celo continuó haciéndose sentir por todo el ámbito de Francia. Fundó la congregacion de los *sacerdotes de la mision*, destinados á instruir á los campesinos y á formar clérigos en los seminarios; creó la admirable institucion de las *Hermanas de la Caridad* para asistir á los enfermos pobres; fundó las *casas de expósitos*, donde son recogidas esas miserables criaturas, á cuya subsistencia no pueden subvenir los padrés á causa de su miseria, y que yacian abandonadas en las calles ántes que el virtuoso sacerdote se encargase de proporcionarles un asilo. Fundó tambien hospicios para los ancianos.

San Francisco de Sales.

[1567-1622.]

Cuando San Francisco de Sales fué nombrado obispo de Ginebra¹, resolvió consagrarse enteramente á sus deberes episcopales. Encargóse, pues, de asistir personalmente á pobres y enfermos, y su celo no descuidó medio ni esfuerzo alguno para restituir á la verdadera fe las ovejas de su diócesis que se habian descarriado de la Iglesia católica.

1. Aunque tenia el titulo de obispo de Ginebra, no por eso podia residir en esta ciudad protestante: la sede

episcopal se habia establecido en Annecy, ciudad de Saboya, situada á 27 kilómetros de Ginebra.

Persuadido de que la voz del primer pastor era el medio mas eficaz para inducir al bien las almas extraviadas, se dedicó con este fin á visitar todas las parroquias de su jurisdiccion, resuelto á no interrumpir jamas tan útil ejercicio. Recorria con inauditos trabajos las montañas de Saboya, andando á pié por desiertos espantosos, reducido las mas veces á dormir sobre un monton de paja en las humildes cabañas de los pobres montañeses, obligado á trepar por rocas escarpadas y á salvar horribles precipicios, hablando á todo el mundo con una bondad capaz de enternecer aun á las mismas fieras: participaba de las penas y necesidades de los pobres, les ayudaba en cuanto le era dable, y hasta se le vió despojarse de una parte de sus vestidos para abrigar con ellos á los menesterosos cuando no tenia otra cosa con qué socorrerlos.

Los principales habitantes de un valle de los Alpes fueron á buscarle un dia para decirle que unas rocas despeñadas de las montañas habian aplastado muchas habitaciones, sepultando bajo sus ruinas gran número de desgraciados y los rebaños, que eran la riqueza del país: añadieron, que á pesar de haber quedado reducidos á la indigencia por esta catástrofe, no habian podido lograr que se les eximiera del pago de las contribuciones, y le suplicaron se dignara enviar á aquellos parajes á uno de sus vicarios generales para que reconocido el estrago, intercediese con el gobierno en favor suyo. Ofreció Francisco partir con ellos al instante para aliviarlos en cuanto pudiese; y habiéndole hecho presente los comisionados, que si bien el valle distaba apénas tres leguas de allí, era intransitable el camino, el santo obispo les respondió: « Vosotros habeis podido venir. — Es verdad, le replicaron los montañeses, pero nosotros somos unos pobres acostumbrados á este ímprobo trabajo. — Pues yo, hijos míos, soy vuestro padre, y tengo el deber de proveer por mí mismo á vuestras necesidades.» Partió, en efecto, con ellos, y despues de emplear un dia entero en andar las tres leguas, halló una poblacion inconsolable y en la mayor miseria. Mezcló sus lágrimas con

las de aquellos infelices, les alentó con sus exhortaciones, les dió todo el dinero que llevaba consigo, escribió por ellos al gobierno, y consiguió lo que pedían. Esta diligente caridad, secundada por una elocuencia tan rara, produjo en todas partes maravillosos efectos.

Acababa de ganar un pleito de consideracion contra varios habitantes de su diócesis, litigio que sostuvo porque se trataba de los intereses de la Iglesia, los cuales no le era dable abandonar: su mayordomo queria que exigiese rigurosamente de sus contrarios el pago de todas las costas: «Líbreme Dios, respondió el digno prelado, de tratar á nadie así, cuanto ménos á mis diocesanos.» Insistió el mayordomo haciéndole notar que las costas ascendían á una suma no despreciable, y Francisco le preguntó: «¿Y en cuánto avaluáis los corazones que acaso me haya enagenado esta litis? Para mí son inapreciables.» En el acto envió á buscar á sus adversarios y les declaró que estaban en paz con él por las costas y gastos á que les habia condenado el tribunal.

La generosidad del prelado ponía de muy mal humor al mayordomo, quien hallándose á veces muy apurado para atender á los gastos domésticos, se quejaba amargamente á su amo y le amenazaba con abandonarle. Pero Francisco le respondía con su acostumbrada dulzura: «Teneis razon; soy incorregible, y lo peor es que lo seré siempre, segun parece.»

Retirábase confuso el mayordomo y solía decir á los demas sirvientes del palacio episcopal: «Nuestro amo es un santo, pero nos llevará á todos al hospital, y él mismo será el primero que va ya si no se enmienda.»

San Cárlos Borromeo.

[1538-1584.]

Cárlos Borromeo, oriundo de una ilustre familia de Milan, contaba apenas veinte años cuando su tio materno fué elegido papa bajo el nombre de Pio IV. Este suceso, que le

abria la mas brillante carrera, no despertó en él ni orgullo, ni ambicion. Aunque su tio podia elevarlo á un alto puesto en las dignidades mundanas, fiel al deseo que habia manifestado desde su mas tierna edad, se ordenó *in sacris*, es decir, recibió las órdenes sagradas, á lo cual no se opuso su tio, aunque sí le sorprendió la determinacion.

Por grande que fuese la modestia de Cárlos, él no pudo sustraerse á los honores que merecia. Sin embargo de que era tan jóven, fué nombrado cardenal, arzobispo de Milan, y tal era la confianza que le inspiraba á su tio, que puede decirse que era el jóven Cárlos quien gobernaba la Iglesia. A su prodigiosa actividad se debe la conclusion de los trabajos del concilio de Trento, que arregló con tanta autoridad la disciplina eclesiástica.

Terminada esta tarea, resolvió Cárlos consagrarse únicamente al cuidado de su diócesis. Milan, que amaba y admiraba ya á su primer pastor, le hizo el mas brillante recibimiento, erigiendo arcos de triunfo á cada paso en el camino por donde entró. Ánimo varonil y perseverante, caridad tierna y compasiva, poder inflexible en el bien, voluntad incontrastable de la fe, modelo encantador de paciencia y de bondad, abnegacion generosa que rayaba en heroismo: tales fueron las cualidades que desplegó constantemente.

Hacia ya mucho tiempo que los arzobispos de Milan no residian sino como por excepcion en su diócesis; ausencia que habia producido una relajacion deplorable en la disciplina. Cárlos restableció el orden y la regularidad, mediante sus perseverantes esfuerzos y principalmente con su buen ejemplo.

Mas severo consigo mismo que con los demas, se imponía las mas duras privaciones, comiendo con suma parsimonia y durmiendo sobre una tarima; y aunque era naturalmente muy inclinado al sueño, se pasaba estudiando la mayor parte de las noches. Si se le instaba para que tomara algun descanso á fin de reponer sus fuerzas, contestaba citando el ejemplo de su tio Santiago de Médicis, cé-

lebre capitán que no se acostaba nunca, dormía poco, y esto apenas sentado: «¿Por ventura, decía, no puede hacer otro tanto un obispo, sobre todo cuando tiene que luchar contra los enemigos de nuestra salvación?»

Su paciencia para soportar el rigor de las estaciones era increíble. Como se tratase de calentarle un día la cama, dijo con sonrisa á la criada: «El mejor medio de no hallar el lecho frío, es el acostarse uno más frío que él.» En vano le exhortaban para que moderase sus grandes austeridades, pues respondía que la vida austera no podía ser nociva á la salud, y que era menester cuidar del alma con preferencia al cuerpo.

Era tan dulce é indulgente para con los demás, como duro y severo consigo mismo, siendo el primero en disuadir á sus clérigos de los ejercicios de mortificación á que él se entregaba y que ellos no habrían podido soportar.

Sus bienes de fortuna eran cuantiosos, pero su generosidad y su munificencia eran aun mayores. Sus abundantes limosnas aliviaban todas las miserias y se anticipaban á socorrer las necesidades. Nada reservaba para sí. Los colegios, escuelas, seminarios, fuentes públicas, hospitales é iglesias que hizo construir, subsisten aun en Milan y en otras ciudades, y son monumentos de una munificencia tan ilustrada cuanto caritativa.

Hacia con frecuencia visitas pastorales á los diversos cantones de su diócesis, algunos de los cuales son montañosos y de difícil acceso, padeciendo en sus excursiones muchos trabajos, porque no vacilaba en acudir á los sitios más inaccesibles, sobre todo si había de hallar en ellos algún desgraciado á quien amparar, algún oprimido á quien defender. Donde el camino lo permitía, iba á caballo, pero en los parajes montañosos andaba muy á menudo á pié, apoyado en un bordon, con ramplones en los zapatos para no caer en los precipicios. A veces, para trepar por las rocas escarpadas, se agarraba de ellas con piés y manos, llevando á cuestras una parte de su equipaje para aligerar la carga á sus criados.

Hé aquí un hecho que prueba la bondad de su alma y los peligros á que se exponía en sus visitas pastorales. Queriendo un día visitar indispensablemente unas miserables chozas perdidas en las montañas, se separó de los suyos, tomó un guía y se encaminó solo con él á la aldea. Para llegar á ella había que atravesar un torrente, cuyas aguas habían crecido á causa de las lluvias y que bajaba impetuoso de la sierra: propúsole el guía echiárselo á cuestras, á lo que accedió el prelado, pero una vez á la mitad del torrente, el guía, fuese por torpeza ó por cansancio, le dejó caer, y en vez de alargar el brazo para ayudarle, retrocedió, llegó á la orilla y echó á correr. Aunque enredado Carlos en su hábito episcopal, luchó contra las aguas, muy altas en aquel sitio, logró salir del torrente, y llegó empapado á una habitacion vecina. Inmediatamente hizo buscar al guía, y léjos de reconvenirle, le tranquilizó y le dió una gratificación. Hoy día se muestra aun el paraje donde tal accidente acaeció.

Combatiendo los desórdenes que reinaban en su diócesis, necesariamente tenía que grangearse enemistades el buen prelado y provocar resistencias. Hubo algunos frailes perversos que consideraron lícitos todos los medios para sustraerse á la reforma, y no retrocedieron ni ante el asesinato. Uno de ellos, de nombre Farina, se apostó un día á la entrada de la capilla del arzobispado, cuando estaba rezando el cardenal, y le disparó un arcabuzazo. Al sentirse herido Carlos, hizo esta exclamación: «¡Dios mio! ¡Creador mio! te ofrezco el sacrificio de la vida que me has dado, y te rindo gracias si la pierdo en defensa de la justicia!» No había recibido, sin embargo, mas que una fuerte contusion, pues la bala, aunque lanzada casi á quemarropa, no penetró en el cuerpo, y cuando le desnudaron no le hallaron sino una leve hinchazon, que mas bien que una herida, era una muestra del riesgo que había corrido.

Toda la poblacion acudió en tropel al palacio del prelado para manifestarle su profunda simpatía, y á la iglesia

para dar gracias á Dios por haber librado á tan digno ministro. El gobernador de Milan le ofreció una guardia, pero Cárlos respondió: «No, las oraciones que por mí se rezan me protegen mas que un regimiento entero.»

Farina expió su atentado, no obstante las ardientes instancias del prelado para que se le concediese gracia.

No fué esta la única vez que se conspiró contra la vida de Cárlos. Un pariente suyo fué á verle un dia y le enseñó cartas de un obispo de una diócesis vecina, en las que este prelado le avisaba que se habia urdido una trama contra la vida del cardenal; al oír esto, toma Cárlos los papeles con no fingida indiferencia, y los arroja al fuego sin leerlos, diciendo en seguida á su pariente: «Os agradezco el aviso, pero no quiero saber los nombres de los que contra mí abrigan dañadas intenciones: dentro de un momento voy á ofrecer el santo sacrificio, y no quiero que durante él vengan á turbarme pensamientos de odio.»

Cuando iba á Roma á la eleccion de papa, no cesaba de repetir á sus colegas que los príncipes de la Iglesia debian distinguirse no ménos por sus virtudes que por sus dignidades, y les decia: «Cada vez que contemplo este vestido encarnado, su color me recuerda que debo estar siempre preparado para derramar mi sangre por la gloria de Dios y en provecho de mis hermanos.»

La terrible epidemia que afligió á la ciudad de Milan presentó á Cárlos vastísimo campo para ejercer su heroica caridad.

Hallándose ausente cuando el mal apareció, regresó sin tardanza á la poblacion, de donde habian huido los ricos, los nobles y los magistrados. En balde algunas personas quisieron disuadirle: «No, les respondió, el buen pastor da la vida por sus ovejas.»

El azote era tan terrible, era tan grande el terror, que nadie tenia valor para asistir á los enfermos, y la emigracion iba creciendo por momentos. Logró Cárlos serenar algun tanto los ánimos, contener la fuga de los habitantes y avivar el celo de los que podian socorrer á los enfermos;



Peste de Milan.